

Julie Klassen

Una temporada junto al mar



*A mi querida cuñada, Kristn,
que siempre sabe cuántos días faltan
para las Navidades.*

«Espero de verdad que las Navidades... te traigan la felicidad que suele acompañar a esos días.

JANE AUSTEN,
Orgullo y prejuicio

«Abrió la ventana... para arrancar la preciosa rosa navideña que crecía sobre el pequeño arbusto, y que apenas asomaba entre la nieve... Y, tras limpiar con delicadeza el polvo de nieve de sus hojas, se la acercó a los labios y dijo:

»—Esta rosa no es tan fragante como las flores de verano, pero ha soportado penalidades que ninguna de ellas podría soportar... todavía está tan fresca y floreciente como cualquier otra flor, incluso ahora, con fría nieve sobre sus pétalos».

ANNE BRONTË,
La inquilina de Wildfell Hall

Capítulo 1

«A menudo, la hermana de la novia o su mejor amiga acompañan a la pareja (en su viaje de luna de miel)».

MARIA GRACE,
Noviazgo y matrimonio en la época de Jane Austen

Octubre, 1820

La señorita Sarah Summers estaba sentada sobre la cama, hecha con esmero, y tenía un tesoro en cada mano. En la izquierda sostenía una carta del hombre con el que había estado prometida hasta su fallecimiento, ya hacía más de tres años. Y sobre la palma de la mano derecha descansaba un cardo seco, con su tallo, el bulbo espinoso y la corona de flores púrpuras. Era el símbolo de Escocia, y se lo había regalado un caballero escocés que, a pesar de sus esfuerzos por olvidarlo, seguía ocupando gran parte de sus pensamientos... y, si era sincera consigo misma, también de su corazón.

Callum Henshall y su hijastra habían sido los primeros clientes de Sea View el año anterior y a las Summers les habían gustado mucho. El señor Henshall había expresado su interés por Sarah durante su estancia, pero ella lo había rechazado. Sin embargo, en ese momento se preguntaba si había hecho lo que debía.

Guardó con cuidado tanto la carta como el cardo en el arcón que estaba a los pies de la cama. Para el viaje que iba a emprender solo llevaría un baúl de cuero no muy grande, una sombrerera y el pequeño bolso de mano.

¿De verdad iba a estar fuera de Sidmouth durante tanto tiempo?

Se le aceleraba el pulso al pensarlo. Desde que, hacía ya dos años, había llegado a Sea View, Sarah nunca se había alejado de allí más de unas horas. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podía dejar el hotel y a su madre? ¿Abandonar a clientes y empleados, dejar de cumplir con sus responsabilidades? ¿Estaba a tiempo de cambiar de opinión y no salir de viaje con Claire y su marido?

Por desgracia, no. Todo estaba decidido.

Sonó una discreta llamada a la puerta de la habitación y entró su hermana pequeña, Georgiana. A sus diecisiete años, era la viva imagen de la juventud femenina en flor, aunque Sarah aún distinguía ciertos destellos de la chiquilla ruda y de comportamientos algo masculinos que había sido.

—¿Lo has guardado todo? —preguntó Georgie.

—Sí, casi todo.

—Me gustaría ir con vosotros.

—Creía que te gustaba estar aquí.

—Y me gusta. Pero también me apetece conocer algo de mundo. Lo único que conozco es Sidmouth y May Hill.

—Eres joven. Ya tendrás oportunidad de viajar. En estos momentos necesito que te quedes aquí para ayudar a que todo vaya bien mientras yo no estoy.

—Lo sé —contestó Georgie suspirando.

Sarah miró a su hermana, normalmente tan alegre, con cierta preocupación.

—¿Te encuentras mal, querida? Pareces... no sé, triste.

—No, no es tristeza. Más bien es... inquietud, creo. Pero me alegra mucho que vayas a Escocia. Ya va siendo hora de que vivas una aventura. Por otro lado, el señor Henshall no es un mal tipo... La cosa podría ser peor.

—¡Vaya, muchas gracias! —contestó con cierta sequedad—. Además, acuérdate de que vamos a Escocia a conocer la casa que ha heredado Claire. Ver al señor Henshall no es ni mucho menos el objetivo... principal.

—Ya, ya... —rezongó la muchacha—. Espero que le des recuerdos de mi parte a Effie.

Sarah sintió una oleada de calidez al recordar a la hijastra del señor Henshall.

—¡Por supuesto que sí! Si al final conseguimos verlos, claro.

—¿Y por qué no ibais a verlos? Es muy probable que el señor Henshall te convenza de que te quedes en Escocia, con lo que nuestra Navidad aquí sería un desastre.

—No hay demasiadas posibilidades de que tal cosa vaya a pasar.

—¿Todavía no ha habido respuesta?

Sarah negó con la cabeza. No le gustaba hablar de ello, así que cambió de tema de inmediato.

—No te preocupes, Georgie. No voy a olvidarme de la promesa que hice. Sé que los últimos años no han sido nada buenos, pero este vamos a pasar unas Navidades mucho más divertidas, ya lo verás. William y Claire no van a estar mucho tiempo lejos de Mira. La idea es volver aquí antes del domingo de Adviento.

—Eso espero.

—Por cierto —añadió la mayor—, Claire me ha dicho que te has ofrecido a pasar tiempo con Mira mientras William y ella no estén. Es muy amable por tu parte.

Georgie se encogió de hombros ante el elogio.

—Armaan y Sonali van a estar ocupados con la casa de huéspedes, y una niña de la edad de Mira necesita jugar y pasar tiempo fuera de casa.

—Tú lo necesitabas, sí... De hecho, todavía sigues necesitándolo.

Su hermana asintió.

—También voy a visitar la escuela de Sidmouth, como suelo hacer, para jugar con los niños. Cuando no tenga que ayudar aquí, por supuesto.

—¡Estupendo! —Sarah se puso de pie y la abrazó—. Haciendo todas esas cosas, ya verás como el tiempo pasa deprisa.

Lo dijo sobre todo para animar a Georgiana, sí, pero también para animarse a sí misma.



Toda la familia se reunió para despedirlos. Su hermana Emily tomó del brazo a Sarah y la condujo dentro de la casa para hablar con ella en privado.

—Ahora te toca a ti, Sarah, lo sé. ¡Espero que esta vez el señor Henshall te bese algo más que la mano! —Sonrió y le apretó el brazo—. Y otra cosa: si por casualidad te encontraras con sir Walter Scott, no te olvides de decirle que tu hermana es una ferviente admiradora suya.

Su cuñado William se acercó a ella, la acompañó hacia la puerta abierta de la diligencia y la ayudó a entrar para que se sentara al lado de Claire, su hermana mayor. Varias personas rodearon el carruaje: Viola, otra de sus hermanas, y su marido, Jack Hutton. Sonali y Armaan Sagar, más la pequeña Mira en brazos de su tío. Su madre agitaba el pañuelo, mientras que Georgie mantenía a raya a un perro callejero para impedirle que mordisqueara a los caballos. Y, finalmente, el señor Gwilt, su muy diligente empleado para todo, de pie junto a la ventanilla abierta. Como era de baja estatura, se había puesto de puntillas para poder hablarle con tono animoso y tranquilizador.

—No tenga ningún temor, señorita Sarah. Mientras esté usted fuera, cuidaremos al máximo de Sea View.

¿De verdad lo iban a hacer?

Tras dar un último beso en la mejilla a su hija, William se subió al carruaje y cerró la portezuela. Le tomó la mano a Claire y se inclinó un poco hacia las dos.

—¿Estáis preparadas?

—Sí —respondió su esposa.

Sarah asintió, algo agarrotada.

Instantes después, la diligencia se alejaba de Sidmouth en su largo camino hacia el norte. El modesto interior del carruaje solo tenía un banco corrido que miraba hacia delante, por lo que en cada curva sentía el hombro de Claire apretarse contra el suyo.

Sarah cambió de postura sobre el asiento acolchado. Sentía mucha angustia y agitación, hasta el punto de que se planteó pedir al cochero que detuviera el vehículo para bajarse de él de inmediato. El vínculo que la unía a Sea View, a su madre y al resto de sus hermanas tiraba de ella cada vez con más fuerza, lo sentía en las costillas, tanto que le pareció que su cuerpo iba a partirse en dos, y el corazón con él.

Se dio cuenta de que Claire la miraba con gesto de preocupación y le apretaba la mano. Sarah no quería, de ningún modo, arruinar el entusiasmo de su hermana mayor por su viaje de novios. Se volvió hacia ella y sonrió.

Claire y William habían permanecido en Sidmouth las semanas posteriores a su boda antes de emprender el viaje. Lo habían retrasado para poder ser testigos de la discreta boda del tío de Mira, Armaan, con Sonali Patel. Y también para ayudar a la pareja a hacerse cargo de la propiedad de la casa de huéspedes, hasta asegurarse de que eran capaces de controlar adecuadamente la gestión. Armaan y Sonali se habían ofrecido muy generosamente a cuidar a Mira durante su ausencia.

¿Serían capaces de controlar adecuadamente Sea View entre el señor Gwilt, Georgie, Emily y su madre? Esperaba haber sido clara y precisa a la hora de detallar todo lo que era necesario hacer y tener en cuenta: los menús, los encargos y pagos a la carnicería, la tienda de verduras y ultramarinos, la carbonería, etcétera. ¿Se le habría olvidado incluir alguna cosa importante en las muchas listas que había escrito? ¿Y si algo saliera mal? ¿Serían capaces de lidiar con huéspedes difíciles y exigentes?

Sarah se recordó a sí misma lo mucho que le apetecía ir a Escocia, y, sobre todo, ver a cierto escocés, pero quizá debería haber rehusado unirse al viaje. Puede que hubiera sido mejor dejar que su hermana y su cuñado viajaran solos.

Tanto Claire como William le habían dicho que podía acompañarlos. Era normal que una buena amiga o una hermana de la novia viajara con la pareja de recién casados. Ni que decir tiene que los esposos ocupaban su propia habitación en las posadas del camino, pero las hermanas se ayudaban mutuamente a vestirse y se hacían compañía y conversaban durante las largas horas de viaje por carretera.

Al otro lado de Claire, William agarró la mano de su esposa y le besó los nudillos.

Sarah fingió no darse cuenta, fijando la vista en el paisaje que se deslizaba tras la ventanilla delantera del carruaje. Observó a los dos postillones, que guiaban el tiro desde las caballerías situadas a la izquierda. Tanto las botas como los abrigos de ambos muchachos estaban ya completamente salpicados de barro, y eso que aún no habían salido del condado de Devon. Sarah se apiadó de quien tuviera que lavar las prendas y limpiar el calzado. Al pensarlo, le dio un vuelco el corazón... ¿se había olvidado de detallar las tareas de la lavandería?

Se obligó a respirar hondo y despacio, y se dijo a sí misma que tenía que dejar de preocuparse.



Los días de viaje pasaban deprisa, pese a que, cada pocas horas, se detenían para cambiar de caballos y, en muchos casos, también de postillones. El viaje a Escocia era largo, por lo que las paradas durante la ruta fueron muchas.

Se detuvieron a visitar Bath, así como las pintorescas ruinas de la Abadía de Tintern y la ciudad balneario de Cheltenham. De vez en cuando Sarah presenciaba una caricia o un beso robado entre sus

compañeros de viaje, desviaba la vista y simulaba un gran interés en el paisaje. En esos momentos sentía cierto complejo de carabina.

A medida que crecía la distancia con Sea View, se relajó y empezó poco a poco a disfrutar del viaje. Ya estaban demasiado lejos como para pensar en regresar.

De camino al norte, pasaron varios días admirando los extraordinarios paisajes del Distrito de los Lagos. Sarah solía acompañar a William y Claire en las comidas, los paseos para ver el paisaje y las compras, pero también insistía en que pasaran bastante tiempo solos. Permaneció en la habitación de la posada sin problema alguno cuando la pareja alquiló una barca para hacer una excursión romántica por el lago Windermere. Se acordó del paseo que había hecho ella en un pequeño bote hacía un año y medio, navegando a lo largo de la costa con Callum Henshall, cómo la brisa le alborotaba el pelo, cómo sentía casi físicamente su cálida mirada fija en la cara... ¿Volvería a mirarla así alguna vez? Eso esperaba, desde luego.

Cada noche, la pareja se retiraba a una habitación y Sarah a la otra. Ella sentía una punzada en el corazón al observar la ternura que compartían y el brillo de alegría que iluminaba los ojos de Claire. Era realmente feliz al ver que su hermana mayor había encontrado el amor, y también ansiaba alcanzarlo ella.

No se detuvieron en Carlisle, lugar que les traía infaustos recuerdos. Hacía unos años, un caballero convenció a Claire de que se fugara con él, pero cambió de opinión incluso antes de que llegaran a Gretna Green.

Así que prosiguieron camino hacia Edimburgo. Su tía Mercer los había asombrado a todos dejándole su casa a Claire en agradecimiento al largo tiempo que había vivido con ella y a los cuidados que le había prodigado. Claire estaba deseando enseñársela tanto a Sarah como a William, sobre todo para tener su opinión acerca de si debía quedársela o venderla. Había escrito al abogado de su tía para informarle de la inminente visita; él había contestado de inmediato, asegurándoles que serían muy bien recibidos y contándoles que el

ya anciano mayordomo de Agnes Mercer había permanecido en la propiedad para mantenerla mientras estaba vacía y que estaría allí para abrirles la casa y entregarles un juego de llaves.

Cuando todo quedó organizado, Claire urgió a Sarah para que escribiera al señor Henshall e informarle del viaje. Sarah dijo que sería demasiado directo proponer que se vieran, pero su hermana le aseguró que no había nada inapropiado en ello: iban a hacer un largo viaje para conocer la casa y, mientras estuvieran allí, visitar a un conocido era incluso una norma de cortesía, y aún más si dicha persona había ayudado a la familia. Después de todo, el señor Henshall había visitado a la tía Mercer en nombre de ellos para saber qué tal le iba a Claire y más tarde acudió a un prestamista para recuperar su collar.

Así que Sarah cedió y le escribió; pero todavía no había recibido respuesta.

La idea de volver a verlo la ponía nerviosa, y el silencio del caballero no había hecho más que incrementar esa inquietud.

Sus hermanas habían tratado de animarla, diciendo que posiblemente la carta se habría perdido o que la respuesta podía haberse retrasado por cualquier razón. Y que no les cabía duda de que se alegraría mucho de volver a verla.

Sarah esperaba que tuvieran razón. De no ser así, el hecho de verse iba a resultar de lo más mortificante.

Al llegar por fin a las afueras de la ciudad, Sarah no paraba de estirar el cuello para no perderse nada. Claire les mostró el palacio de Holyroodhouse y el imponente castillo de Edimburgo, en lo alto de la rocosa colina, que parecía contemplar la ciudad desde arriba.

Mientras pasaban de la ciudad vieja a la nueva, las apolonadas tiendas y las chimeneas grises fueron dando paso a elegantes casas de arenisca, muchas abalconadas, iglesias de altas y elegantes torres y plazas arboladas.

Finalmente, llegaron a casa de la tía Mercer, que formaba parte de una hilera de viviendas adosadas altas y elegantes. En ese momento,

el entusiasmo les hizo olvidar el entumecimiento de sus miembros a causa del largo viaje. William ayudó a bajar el equipaje y recompensó a los postillones con una propina por haber alcanzado su destino sin percances y llevar el carruaje alquilado y los caballos a un establo cercano.

Mientras se aproximaban a la imponente vivienda, se abrió la puerta y salió un anciano vestido de negro.

Al verlo, Claire sonrió y lo saludó de forma efusiva.

—¡Señor Campbell! ¡Cuánto me alegro de volver a verlo! ¡Y cuánto me alegró saber que usted seguía viviendo aquí! Permítame que le presente a mi hermana Sarah y a mi marido, el señor Hammond.

—Sean todos bienvenidos. ¡Y no sabe lo que me alegró saber quién iba a ser la nueva dueña de la casa! La verdad es que su tía no soltó prenda en ningún momento. Una mujer llena de sorpresas, ¿no le parece?

—¡Y que lo diga!

La antigua cocinera, así como las criadas y el lacayo, habían conseguido nuevos empleos, pero Campbell les contó que había contratado a dos criadas y una ayudante de cocina para atenderles durante su visita, pese a que Claire había propuesto comer en una posada cercana.

La propia hermana de Campbell, que como él había servido en la casa durante muchos años, había dejado su retiro durante unos días para ejercer de cocinera.

—Espero que apruebe usted estos planes, señorita... perdón, señora Hammond.

—¡De todo corazón! Y le doy las gracias por todo.

Claire le dijo a Sarah que enviara de inmediato un mensaje al señor Henshall, que vivía al norte de Edimburgo, cerca de la ciudad de Kirkcaldy.

—Solo para hacerle saber que hemos llegado sin problemas y que estaríamos encantados de recibirlo aquí o de encontrarnos con él en otro lugar que le venga bien.

Sarah, con manos temblorosas, escribió una breve nota, y Campbell la envió de inmediato con un mensajero.

Sin perder un minuto, los tres se prepararon y salieron a recorrer Edimburgo mientras esperaban la respuesta.

Se dirigieron a la ciudad vieja para visitar el palacio de Holyrood. Por el camino, Claire les enseñó la casa de empeños en la que dejó el collar que la tía Mercer le había dado para pagar su viaje de vuelta a Sidmouth.

El castillo de Edimburgo se había abierto a los visitantes ese mismo mes de mayo. Antes había sido una fortaleza militar y también se había utilizado como hospital y como prisión para cautivos de guerra.

Compraron las entradas en las taquillas de la calle Bank, al precio de un chelín por persona, y visitaron los aposentos reales y las joyas de la corona de Escocia. El resto del castillo no estaba abierto a las visitas.

A Sarah le habría gustado que el señor Henshall hubiera estado allí para contarles el significado histórico de los objetos expuestos.

A lo largo de los siguientes días, los tres pasearon por las frondosas plazas y jardines de la ciudad nueva, visitaron tiendas y probaron las delicias de la cocina escocesa.

Pero Sarah no dejó en ningún momento de estar pensativa y preocupada. ¿Por qué no los visitaba el señor Henshall? O, por lo menos, ¿por qué no enviaba una respuesta? ¿Les habría pasado algo a Effie o a él?

Al poco de llegar a Edimburgo, William había escrito a un viejo amigo suyo y poco después recibieron la invitación de sir Robert Liston y su esposa, Henrietta, para ir a cenar a su casa, que estaba a unas millas de distancia de la ciudad. William, antiguo diplomático, había servido a las órdenes de los Liston en Constantinopla, lugar en el que sir Robert ejercía en aquel momento de embajador.

Sarah y Claire se arreglaron con mucho esmero, algo intimidadas por el hecho de ir a cenar invitadas por un insigne diplomático y su

esposa. Pero, desde el mismo momento de su llegada, los anfitriones les hicieron sentirse muy a gusto gracias a su trato cálido y cercano.

Cuando la señora Liston supo que vivían en Sidmouth, sonrió con cierta tristeza.

—Uno de mis hermanos, Nathaniel Marchant, está enterrado allí. Era médico, y pasó mucho tiempo en Antigua antes de que su salud empezara a resentirse. Tengo entendido que en la iglesia local hay un monumento conmemorativo en su honor.

—Siento mucho su pérdida —dijo Sarah—. Lo visitaré, por supuesto.

A lo largo de la cena, la pareja los entretuvo contando anécdotas acerca de los malentendidos que habían sufrido debido a las costumbres del Imperio otomano, así como de otros países lejanos en los que sir Robert había servido y residido durante su larga carrera diplomática.

La velada se desarrolló de forma placentera y agradable. Y, una vez más, Sarah no pudo evitar pensar lo mucho que habría contribuido al disfrute la interesante presencia del señor Henshall. Al menos para ella.

Capítulo 2

«Y es evidente que, una vez que hayas conocido Edimburgo, la ciudad siempre estará presente en tus sueños, estés despierto o dormido».

CHARLOTTE BRONTË,
carta

El tiempo que tenían pensado permanecer en Edimburgo pasaba demasiado deprisa, y seguían sin tener ninguna noticia de Callum Henshall.

—No podemos volver a Sidmouth sin intentar verlo —insistió Claire—. Tienes su dirección, está en sus cartas. Vayamos a visitarlo y así podrás saber la razón por la que no ha respondido en lugar de ponerte en lo peor. Y no tengas miedo de ponerte en evidencia. Diré que fui yo quien insistió.

—Y yo compartiré la culpa encantado —intervino William, sonriendo ampliamente.

Sarah cedió.

—Muy bien, de acuerdo. Pero solo lo hago para quedarme tranquila.

¿Podría ser que el señor Henshall hubiera renunciado a ella y estuviera cortejando a otra mujer? ¿Sería esa la razón por la que no había contestado a sus cartas ni había ido a visitarla? Esperaba que la realidad no confirmara sus peores presagios.

A la mañana siguiente, Sarah se puso un vestido que le sentaba muy bien y Claire le rizó el pelo oscuro con las tenacillas.

—Estás muy guapa —le aseguró su hermana.

Sarah pensaba que los ojos azules que le devolvían la mirada desde el espejo tenían aspecto cansado y preocupado. Lo cierto era que no había dormido nada bien, debido a los nervios por la inminente visita.

Salieron temprano hacia Kirkaldy y tomaron el nuevo ferry de vapor que cruzaba la ría de Forth en dirección a Dysart. Una vez en el puerto, alquilaron un viejo carruaje, tirado por caballos aún más viejos, para realizar la última parte del trayecto. El día era magnífico, por lo que bajaron la capota plegable para disfrutar del paisaje. El viento despeinó los rizos que Claire había ordenado con tanto mimo a ambos lados del rostro de Sarah, pero lo cierto era que las vistas merecían la pena.

Cuando estaban a unos dos kilómetros del puerto, el cochero les señaló las ruinas de piedra del castillo de Ravenscraig, y Sarah se acordó de una cena en la mesa del Sea View, cuando al señor Henshall le brillaban de nostalgia aquellos ojos verdes mientras les contaba anécdotas e historias de su niñez y juventud. Describió entonces castillos abandonados situados en las cercanías de su casa y los juegos: «Rodeábamos Ravenscraig y lo sitiábamos enarbolando nuestras espadas de madera», recordó. Un vigilante de la propiedad los persiguió azuzándoles sus perros, así que tuvieron que esconderse en la cabaña de un pastor hasta que las bestias abandonaron la persecución, atraídas por el olor a *haggis* de una casa cercana.

Incluso en esos momentos, Sarah sonrió al recordar la historia. El atractivo rostro, el buen humor que destilaba y la voz armoniosa y con acento seguían muy presentes en su memoria.

El cochero paró un carruaje con el que se cruzaron para preguntar la forma de llegar a Whinstone Hall. Dejaron atrás Kirkaldy y continuaron por un camino boscoso hasta llegar a una casa de dos plantas de piedra oscura, con puerta principal y las ventanas enmarcadas en

roca de arenisca más clara. Sarah vio establos y otros edificios auxiliares, así como campos en los que pastaban muchas ovejas.

Los prados de alrededor de la casa estaban muy bien segados, pero había muchos arbustos que necesitaban poda y los jardines de flores se veían bastante descuidados.

Tras ayudar a las damas a bajarse, William avanzó hacia la puerta y llamó.

Mientras esperaban, a Sarah le latía el corazón a toda velocidad. Se apartó un mechón rizado de la cara y después juntó las manos y las retorció con ansiedad. Un gato muy amigable se acercó a ella y se frotó contra sus tobillos buscando atención, pero estaba demasiado ofuscada como para hacerle caso. ¿Estaría allí el señor Henshall? ¿Cómo iba a reaccionar al verla a la puerta de su casa? ¿Mostraría alegría o incomodidad?

Solo unos momentos después, una criada abrió a puerta, los hizo pasar y los llevó a una pequeña sala cercana.

—El señor no está —dijo—, pero la señora de la casa va a venir enseguida.

¿La señora de la casa?

¿Se estaría refiriendo a Effie o...?

Mientras esperaban, Sarah sentía un nudo en el estómago. ¿Se habría casado el señor Henshall sin informarles? Quizá con una mujer, escocesa como él, y con la que compartía patria, tradiciones y forma de vida. De ser así, ¿podía reprocharle algo?

Unos minutos más tarde entró una mujer que aparentaba casi la misma edad que Sarah, veintisiete años, o tal vez uno o dos más. Tenía un rostro delgado y agradable, y sus andares eran ligeros y gráciles.

—Buenos días. No esperaba visitas hoy. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Era escocesa, no cabía la menor duda: el acento y el pelirrojo cabello así lo revelaban. De hecho, hasta se parecía un poco a Effie.

William se había puesto de pie cuando entró en la habitación, pero ella le hizo un gesto para que se sentara, al tiempo que hacía lo propio en el borde de un sofá.

Sarah tomó la iniciativa.

—Escribí al señor Henshall para hacerle saber que íbamos a venir.

—Ah, ¿sí? No recuerdo que me lo mencionara. —Rio entre dientes—. Pero bueno, se me suelen olvidar las cosas con cierta facilidad, o las confundo. ¿Son amigos de Callum?

Callum. El que la mujer usara su nombre de pila le produjo una punzada en el estómago.

—Pues... sí —titubeó Sarah—. Soy la señorita Sarah Summers. El señor Henshall y Effie permanecieron con nosotros en el condado de Devon hace dos veranos. Desde entonces nos hemos escrito varias veces.

—¡Ah, sí! Recuerdo que Effie hablaba mucho del largo viaje y de la casa de huéspedes del sur de Inglaterra. ¡Muy lejos de aquí, por Dios bendito! La gestionaban varias hermanas, si no recuerdo mal.

—Sí, así es. —Hizo un gesto indicando a Claire y William—. Le presento a mi hermana Claire y a su marido.

Sarah volvió a fijar la vista en la mujer, que todavía no había dicho su nombre. ¿Sería solo era el ama de llaves? Aunque parecía demasiado joven y bien vestida para el cargo.

—El señor Henshall fue muy amable y atento con nuestra familia —añadió Sarah—, y solo queríamos visitarlo aprovechando que estamos viajando por la zona. Para agradecerse.

—¿La señorita Summers, ha dicho...? —repitió la mujer arrastrando algo el nombre, como si así pudiera acordarse mejor. Pero no hizo ningún gesto de reconocimiento. Al parecer, el tiempo que había pasado en Sea View había significado más para ella que para él.

La mujer prosiguió:

—En cualquier caso, en los últimos meses ha mencionado a varias damas, así que me resulta difícil recordar los detalles. Bueno, de todas formas, descuiden: me aseguraré de hacerle llegar su gratitud.

Claire se decidió a intervenir.

—Entonces, ¿el señor Henshall no está aquí? ¿Ni tampoco Effie?

La mujer negó con la cabeza.

—Han ido a visitar al abuelo de Effie, a Perth, que está a muchas millas de aquí.

—¿Espera usted que regresen pronto?

—Pue la verdad es que no se lo puedo decir. Podrían ser horas, pero también días. Depende de lo que tarde en recuperarse. Ha vuelto a ponerse enfermo.

—Lo siento mucho.

La mujer se encogió de hombros.

—Mi padre se pone enfermo bastante a menudo. No obstante, ha estado peor otras veces, así que seguro que saldrá adelante de nuevo.

—¿Su padre? —repitió Sarah—. Entonces, ¿usted es... la hermana del señor Henshall?

—Soy la hermana de su esposa, la señorita Isla Ross, sí.

—Ah. —El alivio que sintió Sarah fue inmenso.

Con el rabillo del ojo pudo ver cómo William miraba a Claire con gesto de confusión, que Sarah tradujo como: «¿El hombre que le gusta a Sarah está casado?».

Se apresuró a aclarar el malentendido:

—Entonces, usted es la hermana de Katrin, su difunta esposa. El señor Henshall me enseñó su tumba en el cementerio de la iglesia de Sidmouth. Siento mucho su pérdida.

—Muchas gracias. Katrin era mi única hermana, que Dios la tenga en su gloria. Y Effie es su hija. La única sobrina que tengo.

Sarah asintió mostrando su comprensión.

—Si su padre está enfermo, ¿no desea usted estar con ellos visitándolo?

La señorita Ross asintió.

—Sí, pero no sería bien recibida. Mi padre y yo nos peleamos hace algún tiempo, y por eso estoy viviendo aquí. Por eso, y para estar cerca de Effie. Superviso todo en la casa para que esté bien.

—Qué amable por su parte.

—Lo hago a gusto y me hace feliz. Effie es lo más preciado para mí. La sola idea de que se vaya a vivir lejos de aquí, lejos de Escocia... ¡No! No lo soportaría.

Sarah dudó un momento.

—Seguro que nadie ha sugerido semejante cosa.

—¿Lo piensa de verdad? Pues espero que tenga razón. Afortunadamente, mi cuñado ha estado pasando bastante tiempo últimamente con una de nuestras vecinas, la señorita Sorley, que vive justo al final de la calle. Una mujer encantadora.

Al oír aquello, a Sarah se le cayó el alma a los pies y ni se atrevió a mirar a su hermana.

Se fueron de la casa poco después, tras no recibir por parte de la anfitriona ninguna invitación a tomar un refresco o una taza de té, ni ninguna propuesta de pasar un rato allí.

Claire le tomó la mano a Sarah y se la apretó con gesto cariñoso.

—Lo siento, Sarah.

—No lo sientas —contestó. Sentía una sorda opresión en el pecho—. Puede que sea para bien.

—No veo por qué.

—Ya lo habíamos hablado antes: una relación con alguien que viva lejos de Sea View, de madre y de todas vosotras, sería muy complicada. Esta visita tan descorazonadora va a servir para ver y aceptar la realidad.

Subieron al landó que los esperaba. Una vez sentados y preparados para partir, Sarah echó un último vistazo a la encantadora casa de piedra con su descuidado jardín y se despidió sin palabras de Whinstone Hall y del señor Henshall. Una vez que el carruaje se puso en marcha, volvió la cabeza, dio un profundo suspiro y fijó la vista en sus acompañantes.

—Así las cosas, no hay ninguna necesidad de que tengáis en cuenta mi hipotético futuro a la hora de tomar una decisión sobre la casa de Edimburgo. Escoged lo que más os convenga a vosotros.

—Bueno... no hay ninguna prisa para tomar la decisión. Debemos tener en cuenta varios factores, incluyendo lo que sea mejor para Mira.

—Ni que decir tiene. La familia es lo primero.

Regresaron a la vivienda e hicieron el equipaje. Sarah se puso un vestido cómodo para el viaje e hizo un gran esfuerzo para afrontar las circunstancias con templanza. No estaba hundida, estaba bien. Era autosuficiente y capaz de enfrentar el futuro por sí misma: fijó la vista en el reloj de pared, alto, firme y fiable, y se dijo que así debía ser ella.

Ayudó a hacer el equipaje a Claire y a Campbell y a las sirvientas a cubrir con sábanas el mobiliario y las alfombras para protegerlas del sol y de la acumulación de polvo, mientras su hermana tomaba la decisión acerca del futuro de la casa.

Notó que Claire estaba muy pendiente de ella, con una expresión preocupada en el bonito rostro, pero su hermana había tomado la prudente decisión de no decir ni una palabra.

En un momento dado, le dedicó una sonrisa, que esperaba que fuera tranquilizadora, y siguió con sus ocupaciones.



Durante el largo viaje de regreso, Sarah se repetía a sí misma que lo que había pasado redundaría a la larga en su propio bien. Se había cerrado una puerta, sin lugar a duda y de forma definitiva. El silencio del señor Henshall se unía a los muchos cientos de millas de distancia entre Sea View y su hacienda en Escocia, y ambos eran impedimentos que, en esos momentos, parecían insuperables. Y aunque «la señora de la casa» no era otra cosa que su cuñada, había dejado caer que Callum estaba interesado en una dama que vivía en el vecindario. Y, sí, eso sería bastante mejor para Effie. Mejor para todos. Tenía que asumir que no había futuro para ellos. Al parecer, él había llegado a la misma conclusión. Así que seguiría soltera y feliz con su vida, una vida que, siguiendo por esos derroteros, iba a ser menos complicada para todos.

Sarah se removió en el asiento, miró por la ventanilla del carruaje e hizo un gran esfuerzo para olvidar el asunto del señor Henshall y pensar en las fiestas navideñas que tenían por delante. Lograrlo le resultaba tan difícil como hacer navegar un gran barco contra la marea, pero consiguió embridar sus pensamientos a base de determinación.

Recordó la conversación que había mantenido con una melancólica Georgiana acerca del viaje. Las penúltimas Navidades habían sido bastante tristes, primero por el periodo de luto y después por la mudanza tras la muerte de su padre; y el año anterior, con la familia real en la mansión de al lado, se vieron obligados a alojar en Sea View a tres miembros del personal del duque de Kent. Con tanto trabajo y una situación financiera bastante apurada, las celebraciones familiares habían pasado a un segundo plano, eso como poco.

Georgie había quedado bastante defraudada, y Sarah le prometió que el siguiente año la cosa iría mucho mejor y que la Navidad sería más festiva y alegre.

En cuanto volvieran a Sea View, se iba a dedicar con toda su alma a hacer realidad la promesa.